

Estas medidas infundieron un inmenso pavor en el ejército. Pero Hernan Cortés le tranquilizó, declarando que habia decretado la prision de aquellos hombres, por considerarlos como sediciosos y perturbadores de la tranquilidad pública.

Su energía asombró á los mismos que hasta entónces estaban acostumbrados á verle mandar.

Pero al mismo tiempo procuraba por debajo de cuerda que aquellos hombres á quienes tenia encadenados impetrasen su perdon, y tan bien arregló esta segunda comedia, que no tardaron en implorar su gracia, con lo cual tuvo ocasion de poner en relieve su magnanimidad y de captarse por completo las simpatías de todos.

No se puede negar que estas medidas, necesarias en aquellos momentos para mantener el orden y la disciplina, son una prueba del gran talento del conquistador de México.

No faltan historiadores que atribuyan al portentoso génio de Marina la inspiracion de estas determinaciones.

CAPITULO LII.

Zempoala.

El abandono en que tenian los indios á los españoles en San Juan de Ulúa, fué causa de que empezaran á experimentar necesidad de víveres.

Hernan Cortés envió á Pedro de Alvarado al mando de cien hombres en busca de provisiones.

Hízolo así, en efecto, y en dos ó tres aldeas que visitó halló la prueba del temor que infundian á los indios.

Todos habian abandonado sus casas, llevándose sus joyas; pero en cambio habian dejado en ellas maíz, gallinas y frutos.

Sin destruir los edificios, se apoderaron los soldados de los víveres, y regresaron con ellos al cuartel general.

No tardó en disponer Hernan Cortés el embarque de los españoles para dirigirse á la ensenada de Quiabislan.

No todos se embarcaron.

Hernan Cortés resolvió ir por tierra hasta Zempoala, dando cita á los buques en Quiabislan.

Aquella marcha de exploracion debia servirles para enterarse más y más de la actitud de los moradores de aquel país.

Envió delante un destacamento para que reconociese el terreno y facilitase la marcha, y al poco tiempo, despues de abandonar el campamento, encontraron el rio de Zempoala.

Para atravesarle tuvieron necesidad de utilizar algunas canoas de pescadores que hallaron en la orilla.

Los jinetes le vadearon.

Colocada el ejército en el lado opuesto del río, prosiguió la marcha, y no tardó en hallar algunas poblaciones pequeñas. Sus moradores habían huido.

Las casas estaban completamente desalojadas.

Delante de los adoratorios, además de los ídolos, había algunas armas, y en el suelo restos de víctimas propiciatorias.

Vadeando los españoles aquellos territorios, vieron por la primera vez, con gran asombro, unos libros que contenían sin duda los ritos de su religión.

Consistían estos libros en un lienzo plegado en dobleces, iguales de tal manera, que cada uno formaba una hoja, y todos juntos componían el libro.

Sobre las hojas había dibujos, imágenes y cifras semejantes á las que vió Hernán Cortés trazadas por la mano de los pintores de Teutilla.

Los españoles decidieron pasar la noche en una de las poblaciones, y para no ser sorprendidos, apostó Hernán Cortés centinelas que velasen por los que descansaban.

No ocurrió novedad alguna, y los soldados continuaron la marcha.

Durante muchas horas no hallaron población alguna ni alma viviente á quien preguntar el camino que deberían seguir.

Llegaron al fin á una pradera de una vegetación magnífica, y allí encontraron á doce indios, que según manifestaron á Alvarado, iban en busca de Hernán Cortés para ofrecerle en nombre del cacique de Zempoala pan de maíz y algunas frutas.

El cacique le rogaba asimismo que fuese á verle, porque tenía preparadas para él y su gente habitaciones y regalos.

Interrogados los indios acerca de la dirección que deberían tomar para llegar hasta la ciudad en donde residía el cacique, después de indicarla, contestaron que había un día de distancia.

Satisfecho el caudillo con esta respuesta, envió á seis de los doce indios para que avisasen al cacique su próxima visita, y

dispuso quedaran en su compañía los otros seis para que le guiasen.

Por la noche se detuvieron en otro pueblo, en donde los habitantes, saliendo á su encuentro con las mayores muestras de benevolencia, se esmeraron en recibirlos y agasajarlos.

Ávidos de llegar cuanto ántes á Zempoala, seguros de que la amistad de aquel cacique sería provechosa para sus intentos, apenas amaneció volvieron á ponerse en camino, y al declinar el día, cuando ya estaban próximos á Zempoala, vieron veinte indios, que acercándose á Hernán Cortés con el mayor respeto, le hablaron de este modo:

—Perdonad, gran señor, á nuestro soberano que no salga á recibirnos como desea.

Sus achaques le impiden venir á festejaros.

Nos envía, por lo tanto, para suplicaros que vengais con nosotros á su presencia, porque su mayor deseo es conocer á tan valientes huéspedes, y recibir con su amistad á los que han sabido ganar su estimación.

Todo sonreía á los españoles.

Precedidos de los indios que habían salido á su encuentro, llegaron á una gran población, que se levantaba sobre dos ríos y en medio de una campiña deliciosa.

A poca distancia había montes muy pintorescos.

Los edificios de la ciudad eran de piedra, rebocados con una cal tan blanca, que uno de los soldados que se adelantó volvió á la presencia de Hernán Cortés, diciéndole que las paredes de aquella casa eran de plata.

Todos los habitantes de Zempoala ocupaban las calles y las plazas de la ciudad, ávidos de conocer á los españoles.

El cacique salió á la puerta de su palacio, y apoyado en los brazos de algunos indios, avanzó al encuentro de Hernán Cortés.

El verdadero achaque que sufría el cacique de Zempoala era la obesidad, la obesidad en el mayor extremo.

Apénas podía moverse.

Pero en sus ojos se veía la viveza de su alma.

Sobre su desnudo cuerpo llevaba una manta de algodón adornada con ricas joyas.

En las orejas y los labios llevaba multitud de pendientes.

Los soldados españoles no pudieron contener la risa al ver aquel hombre tan gordo.

Hernan Cortés logró reprimirse, y se adelantó hácia el cacique con las mayores muestras de amistad y simpatía.

El cacique habló, á juzgar por la traduccion que hizo de sus palabras Marina, con una sinceridad y una inteligencia que maravillaron á Hernan Cortés.

Desde luego suplicó á los recién llegados que fuesen á alojarse á las casas que habia destinado para su hospedaje, á fin de descansar de los trabajos del camino.

—Yo iré á visitaros despues, añadió el cacique, para que hablemos de lo que más conviene á nuestros intereses.

Los servidores del cacique condujeron á Hernan Cortés, á los capitanes y á los soldados á los alojamientos.

Despues de obsequiarlos con la mayor esplendidez, les envió el cacique una porcion de alhajas de oro.

Acto continuo, el obeso personaje, conducido en unas andas que llevaban sobre sus hombros los individuos más principales de su familia, llegó hasta la morada de Hernan Cortés.

Un magnífico acompañamiento seguía al soberano de Zempoala.

El cacique y Hernan Cortés se retiraron á una habitacion para ocuparse de las bases de su alianza.

Hernan Cortés manifestó al cacique que habia llegado á México por orden de su rey, con el objeto de destruir los horrores de la idolatría.

—El principal objeto de nuestra venida, añadió, es defender en todas partes los fueros de la justicia, amparar al débil, combatir á los tiranos.



Los soldados españoles no pudieron contener la risa al ver aquel hombre tan gordo.

Esta hábil manera de presentar la cuestion obligó al cacique á abrir su corazon á Hernan Cortés.

—Bien habeis hecho en venir con esas intenciones, le dijo, y no dudeis que muchos de los caciques de estas provincias del imperio de México, que son tributarios de Moctezuma, se felicitarán por vuestra llegada y reclamarán vuestro auxilio.

El emperador es un tirano para todos nosotros.

Nos tiene sumidos en la más odiosa esclavitud.

Nos exige que le adoremos como á uno de los dioses.

Sólo con una ayuda tan poderosa como la vuestra, podemos reconquistar nuestra independencia.

Pero tal vez vuestros deseos y los que nos animan se estrellen en el poder del tirano.

—¿Podeis creerlo? le dijo Hernan Cortés.

—Tiene numerosos vasallos que le obedecen como esclavos; tiene ejércitos poderosos.

—¿Y qué importa? Nosotros tenemos á nuestro lado el favor del cielo.

¿No habeis sabido, que siendo tan escaso nuestro número, hemos vencido un formidable ejército en Tabasco?

¿No os dice esto que la verdad nos inspira, que la fe mandaba nuestro brazo?

Estad seguro, y anunciadlo así á los demas caciques que sufran la dominacion de Moctezuma, que aun sin vuestra ayuda, yo lograré castigar al tirano, y devolveré la independencia á todos.

—Contad conmigo, dijo el cacique, y contad con todos mis vasallos.

Hernan Cortés le dió las gracias.

—Yo voy á establecerme en Quiabislán, dijo el caudillo. Desde allí oiré las quejas de todos, haré justicia á los que lo merezcan, y puedo aseguraros que no os faltará mi amistad, si como espero, reconocéis en mí y en los que me acompañan un poder sobrenatural que nos ha enviado aquí para defenderos.

El pueblo de Zempoala saludó aquella amistad pactada entre su soberano y el jefe de los españoles.

Hicieron grandes demostraciones de júbilo.

Hubo danzas.

Las doncellas cantaban arcitos en los que recordaban sus glorias pasadas.

Los españoles fueron considerados por los indios como los ángeles vengadores de las injusticias, de las tiranías que pesaban sobre ellos desde que había subido al trono Moctezuma.

CAPITULO LIIII.

Quiabislan.



o estaban entre tanto ociosos Teutila y Pilpatoe.

El primero, indignado al oír las palabras que pronunció Hernan Cortés en su presencia, le volvió la espalda, como recuerdan nuestros lectores, y se apresuró a dar cuenta á su amigo del resultado fatal de aquella entrevista.

—No hay remedio, le dijo; la avenencia es imposible entre nosotros.

Ha llegado la hora de luchar.

Lo que conviene es prepararnos con tiempo para ganar la batalla.

Pilpatoe, ménos guerrero que Teutila, se atemorizó.

Por de pronto convinieron en que debían sitiarse por hambre á sus temibles huéspedes.

Dieron, pues, orden á unos indios para que se separasen de los españoles, y los demas, al ver la salida de sus hermanos hicieron otro tanto, razon por la cual quedaron Hernan Cortés y los suyos completamente abandonados.

No bastaba esto.

Inmediatamente tomó Teutila las precauciones necesarias para no ser sorprendido por los extranjeros, concentró sus fuerzas y envió correos á Moctezuma para notificarle que las hostilidades se habían roto, que los españoles se obstinaban en seguir adelante, y que no siéndole posible contenerlos, debía enviarle instruccion y reunir ejércitos para contrarrestar el empuje de los españoles.